

VIOLENCIAS Y DESPUÉS CULTURAS EN RECONFIGURACION

Rossana Reguillo¹
ITESO Guadalajara
rossana@iteso.mx

El cuerpo de la bruja es capaz de transportarse o ser transportado; puede aparecer y desaparecer; se vuelve invisible y, en ciertos casos, también es invencible....El cuerpo de la bruja se beneficia , por un lado de los prestigios que le permiten participar en el poderío diabólico y, por consiguiente, escapar a quienes la persiguen , pero, por el otro, está marcado, y esa marca ata a la bruja tanto al demonio como al juez o al cura que van a la caza de este (cuerpo).

Está atada por sus marcas en el momento mismo en que sus prestigios la exaltan.

Michel Foucault (2000)



En el 15 de mayo de 2000, Elvia Cortés, aguardaba la muerte. La certeza la alcanzó minutos después de que la policía colombiana fracasó en el intento de desactivar el

¹ Profesora-investigadora del Departamento de Estudios Socioculturales. ITESO, Guadalajara, México

collar-bomba que guerrilleros, paramilitares, delincuentes comunes o narcotraficantes habían colocado en su cuello por su insolvencia económica para pagar el rescate. El caso no ha sido esclarecido y no se “sabe” aún quiénes fueron los responsables y para Elvia Cortés, poco importa si este increíble acto de violencia vino de los paras o de las guerrillas, de los narcos o de delincuentes comunes, porque lo sustantivo está en el resultado: la indefensión frente a una muerte absurda con la mediación del ojo vigilante y estéril de los medios. La mirada que mira el cuerpo aún vivo de Elvia, nos coloca frente a la evidencia de “estar ahí” no es suficiente para detener la avalancha de consecuencias en que han devenido las violencias ¿colombianas? Nos reduce a la condición de testigos mudos, impotentes, incapaces de acción, la imagen nos llama tan sólo para certificar que hemos estado “ahí”, en la primera línea de una batalla que no tiene ganadores.



Los campesinos de Salvador Atenco en México, sacaron el coraje y el machete en julio del 2002, ¿el motivo?, quizás los años acumulados de tantísima injusticia y el arsenal de agravios que ahora se convertían en poderosas armas para hacer sentir su presencia; ¿La causa eficiente?, la expropiación de miles de hectáreas por parte del gobierno federal para la construcción del nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México. Poco importa la causa “eficiente”, es decir el elemento detonante, porque para los campesinos de Atenco las opciones se habían acabado. Igual que para Elvia Cortés, la certeza de la muerte se instaló como verdad irrefutable y el machete, rayando a filo de puro metal el asfalto, se convertía en un poderoso mensaje para los adormecidos telespectadores mexicanos que habían bajado la guardia a fuerza de sobresaltos. Otra vez, la imagen de una violencia iterativa, primaria, desatada, irrumpía en un espacio que ha ido normalizando las violencias como parte del paisaje cotidiano.



Dicen las cuentas oficiales que van 271 historias, que son hechos aislados, que el problema es que las mujeres “andan de confianzudas”. Las voces que contraponen el discurso oficial dicen que van más de trescientas muertas en Juárez y que a la cuenta hay que sumar los más de 400 cuerpos de jóvenes mujeres evaporados en el aire y llorados y extrañados por madres, novios, hijos y parientes. Hace más de diez años que la historia de las mujeres brutalmente asesinadas en Ciudad Juárez, Chihuahua, se fue colando, primero despacito, como quien no quiere la cosa, hasta que las crónicas de una impunidad fuera de serie estallaron en la conciencia alimentando la indignación,

pero muy principalmente, el miedo. Las “señoritas de Juárez”, estudiantes, trabajadoras en la maquila, migrantes muchas de ellas, se han perdido en una pesadilla de sangre y horror, para reaparecer como cuerpos mutilados, como fantasmas que interrogan, silenciosamente, desde el limbo de su muerte violenta, el sentido de una palabra en desuso: justicia.

Y las imágenes pueden seguir, una más fuerte que la otra, más violenta, más sorprendente; detalles, acercamientos a un mosaico barroco, pleno de símbolos y relatos, narración de una Sherezada contemporánea que reinventa la historia cada día para convencer al sultán de que la variación es infinita y la narración inagotable. Violencias, las mil y una forma de narrarlas no desaparece los ejes que las articulan, aunque sea posible producir con ellas, como Sherezada, una mirada sorprendida. Juego colaborativo en que narrador y escucha, fingen sorpresa, decepción, entusiasmo frente al ángulo “novedoso”, a la diferencia del detalle, porque en esa forma de narrar se juega la continuidad de la vida y la certeza de una realidad irreductible. Lógica de los medios de comunicación, Sherezadas modernas que nos mantienen al vilo, pendientes del detalle, del microscópico amuleto que permite eludir la evidencia de que cada noche nos enfrentamos, como el sultán, al debilitamiento de la imaginación, del impulso de vida y requerimos de un otro narrador capaz de re-encantar, por la mediación de la palabra-imagen, el sentido de un mundo al que, pensamos, ya hemos arrancado todos sus secretos. Ahí, los medios con su infinita capacidad de producir sorpresa.

Las violencias se han convertido en el relato fuerte de una realidad debilitada. Adrenalina que anda por las venas, sudando por los poros de una piel curtida a golpes de desgracias y catástrofes. Relato “ejemplar” que ratifica iterativamente que no estamos a salvo.

Y weberianamente hablando, las violencias terminan por ser dispositivo de re-encantamiento del mundo por su potencia para ratificar que seguimos siendo víctimas de un “más allá de la institucionalidad”, donde fuerzas ingobernables y esenciales ejercen sus dominios pese a la conquista racional de los territorios de la civilización frente a la barbarie. Entonces, las violencias y de manera especial, la narración de la violencias, despolitizan lo político, instauran el temor y el miedo como lazo societal

primario y aceleran el debilitamiento del pacto social y la acentuación del individualismo como forma de respuesta ante un mundo que no parece gobernable, ni asible, ni representable por ningún tipo de racionalidad fundada (fundamentada) en acuerdos colectivos. Las violencias fundan la comunidad de víctimas en detrimento de la comunidad de ciudadanos², al colocar en “primer plano” la ingobernabilidad de las fuerzas sociales que detonan las violencias y la indefensión generalizada frente a esos otros inasibles (terroristas, delincuentes, locos y caníbales) que acechan lo que se presupone es un orden social que operaría al “margen de...” las violencias.

Lo sustantivo aquí, me parece, es desmontar el argumento de la “exterioridad de las violencias”, como si ellas provinieran de un más allá de lo social y no, como de hecho estoy convencida de que sucede, desde un “adentro de lo social”. En otras palabras, la alternativa para sacar la reflexión y el debate de las violencias de su perspectiva maniquea, es la opción sistémica, historizada y relacional

Las imágenes que he seleccionado para iniciar esta reflexión (el collar-bomba, los campesinos con machetes y las muertes en Ciudad Juárez) no son accidentales, ni arbitrarias, en la medida en que considero que en esta trilogía, se encuentran algunas claves para pensar las violencias desde un “adentro”, condición fundamental, a mi juicio, para no convertirnos en rehenes de una “epidemiología de las violencias” que se regodea en el dato, en la estadística del horror, en la acumulación de ejemplos para documentar la barbarie aguas abajo del Río Bravo y colocar el dedo acusador que se levanta desde algún lugar que quiere situarse más allá de las violencias. El tema es complejo y no se reduce a la documentación del dato –aunque este resulte inevitable para comprender- como tampoco, considero, es una estrategia válida acudir a la explicación culturalista (que no cultural) que adjudica a los portadores de ciertas formas de cultura un *a priori* violento. En este sentido “el pensamiento colonizado” que no ha sido superado, tiene una importancia central en la producción de categorías para pensar las violencias y se instala como coartada perfecta para distribuir culpas y pecados en tanto coloca a las expresiones y a los operadores de las violencias en un “al otro lado de la línea”, los violentos son los otros, salvajes, primitivos, anómalos, portadores de una identidad deteriorada.

² Para una discusión más amplia de estos aspectos, ver Reguillo (2002).

Me parece que resulta obvio que este modo de pensar las violencias, invisibiliza o elude el problema estructural de fondo: el del proyecto y el pacto social que una sociedad se da a sí misma y las institucionalidad que hace venir para garantizar el nudo que ata el tejido social.

Así las imágenes-símbolo a las que he querido apelar, permiten, me parece, construir un mapa sobre tres formas de violencia que permiten trascender el dato y escapar a las determinaciones culturalistas ancladas en perspectivas biológicas que a su vez de amparan en pretensiones de científicidad.³

Intento entonces construir este mapa a través de tres categorías eje: las violencias sincopadas y el colapso de la institucionalidad; las violencias históricas y la crisis de la modernidad; las violencias disciplinantes y el pensamiento mágico.

Sin embargo, me parece fundamental colocar algunas notas y reflexiones previas que le dan densidad crítica al paisaje de las violencias en el continente, de manera especial a su rostro latinoamericano.

Prestigios y Marcas

Al releer la clase que Michel Foucault dictó en 1975 en el Collège de France⁴, a propósito de los anormales, es decir, de la figura monstruosa y de lo que ésta significa con respecto al poder, encontré algunas pistas claves para re-pensar la relación entre cultura y violencias. Quizá lo significativo de esta relectura, es que me ha permitido encontrar un eco de resonancia histórica a las hipótesis incómodas que he ido acumulando en los últimos años: por ejemplo, la del “prestigio” creciente de las violencias en América Latina, del que participan sus analistas y críticos, llamados a ser testigos de “primera mano” de la disolución y el colapso social, “informantes privilegiados” de una violencia primitiva que no admite contestación.

³ A lo largo de cuatro años de investigación en torno a los miedos en algunas ciudades de América Latina, he podido constatar que Cesare Lombroso, el médico criminalista italiano que en el siglo XIX, propuso al mundo su manual sobre el hombre criminal, representa una corriente dominante en las políticas de prevención del delito y en el modo de explicación de las conductas violentas. El argumento, por ejemplo de algún tipo de “cromosoma defectuoso” sirve de fachada para dotar de argumento científico a la persecución selectiva sobre ciertos actores sociales, como los negros, los indígenas, en síntesis los pobres.

⁴ Ver M. Foucault, *Los anormales*. FCE, Buenos Aires, 2000, pp. 197-199.

Al ocuparse de la figura de la bruja, dice Foucault que “ella está atada por sus marcas en el momento mismo en que sus prestigios la exaltan” y a Foucault le parece que la bruja queda atada tanto al demonio –del que proviene su prestigio- como al cura o al juez que van en su persecución. Si se acepta que la violencia puede sustituir a la bruja de la lección foucaultiana (con la siguiente formulación: la violencia queda atada por sus marcas en el momento mismo en que sus prestigios la exaltan), lo que es posible retener de este análisis es la doble inscripción de las violencias en el universo de la cultura: de un lado, las marcas que le otorgan su poder oculto y paralelo del orden cotidiano, al igual que el cuerpo de la bruja, la violencia (en singular) configura una fortaleza encapsulada que sólo conocemos por el poder de su acción, es invisible, hasta que actúa, es su efecto el que la vuelve visible y en esa especie de “transmaterialidad” radica su “prestigio”; pero de otro lado, es ese mismo prestigio el que vuelve a la violencia una presa apetitosa en tanto sus perseguidores (el juez, el cura, el analista en este caso), participan del mismo prestigio en un sentido inverso, porque a ellos se les confiere no sólo la documentación de sus efectos, sino se les presume capaces de “descubrir” la marca de la violencia aún antes de que ella actúe.

Esta doble inscripción cultural configura un territorio sumamente complejo en términos políticos, porque el “prestigio”, la exaltación, el ensordecedor murmullo que rodean a las violencias generan una suerte de pensamiento mágico en torno a ellas que termina por operar un vaciamiento de la responsabilidad colectiva frente al pacto social, una resignación paralizada y de manera mucho más alarmante, el incremento de respuestas violentas (violencias buenas) que se presuponen a salvo de las violencias malas.

Quisiera enfatizar aquí que además de estas implicaciones, este prestigio exaltado de las violencias en las Américas, ha promovido lo que me atrevo a llamar “la disputa por el peor horror”. En el transcurso de los últimos tres años, más de la mitad de las invitaciones que he recibido para participar en congresos, seminarios, coloquios, colocan como tema central el asunto de las violencias en Latinoamérica y las entrevistas en algunos periódicos hispanoamericanos y otros medios, demandan datos, explicaciones, constataciones del colapso latinoamericano producido por las violencias. Escuchando a mis colegas he tenido la impresión de que el trabajo sobre las violencias

ha terminado por convertirse en un territorio de disputa por el peor horror: mis cárceles son las peores, mi policía es la más violenta, mi ciudad es la más insegura, mi gobierno es el más impune, mi país tiene el más alto índice de delitos⁵. Como si al ratificar la medición del horror, se participara de alguna manera de ese “prestigio” invertido que nos vuelve visibles como naciones, como interlocutores. Los dispositivos expandidos de visibilización de las violencias, lejos de contribuir a la reflexividad, contribuyen al fortalecimiento de la leyenda apocalíptica que pretende agotar la escenificación legítima de las Américas en el mundo.

Encabezados de prensa, documentales de HBO, National Geographic, y para colmo, documentación de sitios de Internet, ratifican, lamentablemente, lo que afirmo: por ejemplo, en dos buscadores claves, Google y Yahoo, una ligera consulta arroja los siguientes datos:

Categoría de búsqueda	Google	Yahoo
Violencia en América Latina	161 mil sitios y referencias	124 mil sitios y referencias
Violencia en las Américas	44 mil 500	0 categorías, 6 sitios, 34 noticias (sobre Colombia y Venezuela)
Violencia mundial	137 mil	102 mil
Violencia	428 mil	492 noticias, 5 sitios, 5 categorías

Fuente Internet: elaboración propia

Este es apenas un “dato indicativo” y no exhaustivo, de lo que quiero argumentar. No se trata por supuesto de negar o de desestimar la importancia crucial del tema, sino más bien apuntar que esta “sobre-visibilización” de las violencias en América Latina, no sólo puede terminar por calzar demasiado bien a los intereses de un pensamiento metropolitano que atribuye a los países latinoamericanos y periféricos el monopolio de las violencias contemporáneas, sino además por apuntalar la apropiación de una

⁵ Ver. R. Reguillo, “Violencia es destino”, *Público*, 1999.

identidad deteriorada como forma de auto-reconocimiento fundamental. Los efectos de estas políticas de visibilidad son complejos y multidimensionales, pero básicamente la mitología opera así: “los latinoamericanos son (somos) esencialmente incapaces de realizar los valores de la democracia moderna, víctimas coloniales o poscoloniales de sus (nuestras) propias pasiones, los latinoamericanos son (somos) débiles política, científica y filosóficamente, lo que se traduce en “irracionales e incapaces de agencia”. La alternativa es entonces la violencia *for export*; la crisis y la actuación, en el borde del “realismo mágico”, de las clases políticas para el consumo de un pensamiento metropolitano “sinceramente consternado” y, en el extremo, la romantización en algunos casos y en otros, la franca invisibilización de algunos movimientos sociales que se niegan a asumir el melodrama como destino fatal.

Estos mecanismos propician que, en lo local se prolonguen los dispositivos de estigmatización a través de los cuales las sociedades (latinoamericanas) se reconocen a sí mismas y entre sí (el estigma, la marginalidad, la identidad deteriorada se aprenden, se hacen piel, mirada, práctica); y de otro lado, en el plano de lo global, fortalecen los argumentos excluyentes y ratifican el temor frente a ese otro exótico e irracional.

Volvamos ahora al mapa propuesto más arriba, en el intento de establecer una ruptura con el panorama postapocalíptico (nada de lo que vendrá podría ser ya peor) de las atmósferas americanas de la violencia.

Las violencias sincopadas y el colapso de la institucionalidad

La metáfora “colombianización” ha terminado por instalarse en el vocabulario político, mediático y cotidiano como expresión que nombra una violencia que es producto y productora del quiebre del Estado nacional y que alude a la disolución del pacto social operada por actores tan poderosos como heterogéneos: las guerrillas, el narcotráfico, los paramilitares y a las alianzas estratégicas entre algunos de ellos y la incapacidad de las instituciones para hacer frente al problema.

Pero las violencias de este tipo no son propiedad exclusiva de Colombia, aunque allí se agudice la sensación generalizada de que no hay posibilidad alguna de escapar a

las redes envolventes de una ecuación macabra: a mayor violencia mayor indefensión, a mayor indefensión más violencia.

El sociólogo francés Daniel Pécaut (2001), experto en la realidad colombiana, ha documentado cómo se ha ido multiplicando la presencia de guerrillas y paramilitares en los municipios colombianos, pasando del 13% en 1985 al 51% en 1994, al igual que ha ido subiendo la cantidad de municipios controlados por las fuerzas paramilitares que según datos del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Colombia, cuenta en la actualidad con 25 frentes de guerra. Además se calcula que hay 3 millones de armas en manos de la población civil y que de los 300 casos anuales que maneja en promedio un juez, sólo 10 llegan a resolverse (Pizarro, 2000).

Lo que las violencias organizadas y las violencias difusas o “microviolencias” como las ha llamado Alonso Salazar (2000), tienen en común, es que ponen en evidencia el quiebre de la institucionalidad y el fortalecimiento de una para-legalidad que mina el pacto social. La ausencia histórica o el repliegue de las instituciones del Estado en numerosos territorios sociales (tanto físicos como simbólicos), generan por supuesto un vacío, pero el vacío social no existe y cuando una fuerza se retira, otras tienden a ocupar su lugar.

Esta pérdida de la representación hegemónica⁶ de la conveniencia del acuerdo y pacto social, que se ha expandido como uno de los principales problemas en los países de la región, no solamente ha provocado un incremento de las violencias (organizadas y difusas) sino además, ha abonado el terreno para la individualización en las formas de respuesta y defensa ante estas violencias. Lo que quiero señalar aquí, es que el vaciamiento de las instituciones en su relación con las violencias no solo es un asunto de carácter policiaco, sino centralmente cultural y político.

Estoy en este punto, convencida de que el problema de las violencias contemporáneas no estriba tanto en su ilegalidad, sino en su enorme poder para construir formas paralelas de “legalidad”, poder que proviene de su capacidad para

⁶ Con Gramsci, entiendo por hegemonía la dirección cultural en la sociedad, aquel conjunto de representaciones, discursos y proyecto capaces de “seducir” al conjunto de que esa propuesta es no sólo la mejor sino la única posible. No es utilizada aquí en sentido peyorativo, sino en su dimensión estrictamente analítica. Ver, Gramsci (1975) *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Cuaderno 1, Juan Pablos, México. Y para un análisis empírico R. Reguillo (1994) *Une perspective gramscienne sur les mouvements sociaux*, en *Alternatives Sud. Les mouvements sociaux en Amérique Latine*, No.4, CETRI/L’Hasmattan, París, pp. 75-92.

instalarse como relato inevitable que interpela no a la comunidad sino a los individuos por más que se fomente el simulacro de la comunidad de “los normales” contra los violentos.

Las violencias tribalizan, convocan programas de acción que se articulan a distintas pertenencias culturales que dejan de ser constantes antropológicas, para devenir claves dinamizadoras de la acción. Los empresarios, los defensores de los derechos humanos, los creyentes, los pobladores que se encierran en sus bunkers y refeudalizan las ciudades, entre muchos otros, son indicadores de la diversidad y desequilibrio sociales con que aparecen las “violencias defensivas”, cada una con un “argumento” que pretende acallar al otro, en una espiral de disputas que no tienen, que no pueden tener un ganador.

Cuando lo público pierde su fuerza articuladora, cuando se desdibujan las razones para “estar juntos”, cuando el sentido de lo que significa la vida otra, las ideas otras, el proyecto otro, se disloca, las violencias se fortalecen alimentándose a sí mismas del exceso retórico que sustituye la institucionalidad.

Ahí el control de terror en la favelas brasileñas⁷ (Meirelles, 2002), ahí los brotes de justicia por la propia mano en México, ahí los “powers rangers” tejanos que se lanzan a la caza de los migrantes indocumentados, ahí, en ese vacío, la impunidad selectiva que se conforta a sí misma cuando penaliza a los más vulnerables. Pero también ahí, la retórica belicista. Violencias sin proyecto o, mejor, ausencia de proyecto social.

Las violencias históricas y la crisis de la modernidad

Se puede estar de acuerdo con Beck cuando señala que “las biografías personales y la política mundial se están haciendo arriesgadas en el mundo global de incertidumbres fabricadas” (Beck, 2002;8). Sus análisis sobre la sociedad del riesgo han abierto una importante línea de pensamiento y discusión en torno a los desafíos que habrá de enfrentar la sociedad global. Beck reconoce que estas nuevas “incertidumbres

⁷ Ver la extraordinaria película de Fernando Meirelles y Katia Lund, con guión de Paulo Lins, *Cidade de Deus*, 2002, una producción de Brasil y Francia.

fabricadas” acentúan la distribución inequitativa del riesgo y agrandan la brecha entre ricos y pobres.

El debate en torno a la globalización y sus consecuencias, que resulta fundamental de cara al futuro, puede terminar por ocultar sin embargo la historicidad de ciertos procesos cuya explicación no se agota o no debiera agotarse en la emergencia del “nuevo” orden global y neoliberal. Con relación a las violencias esto parece particularmente relevante en tanto hoy muchos de los brotes violentos hunden sus raíces en la historia y se convierten en las “molestas” señales de un retorno a cuestiones no resueltas y hoy agudizadas por los vientos neoliberales.

En otras palabras, las violentísimas reacciones de los campesinos de Atenco, no agotan su explicación en la incapacidad operativa del gobierno foxista, ni tampoco en la voracidad del mercado y el sometimiento de las instituciones políticas a sus mandatos e intereses. Como tampoco el levantamiento zapatista del 94 se deja leer exclusivamente desde la lógica del Tratado de Libre Comercio, ni desde la antropología de la pobreza o desde ciertos entusiasmos posmodernos por el uso de las tecnologías de comunicación en su lucha.

Lo que quisiera señalar aquí es que estamos enfrentados a las “consecuencias de la modernidad” como diría Giddens. Me parece entonces que para entender esta región del mundo hay que acudir a la “violencia fundacional”, a la relación desnivelada y brutal que los imperios establecieron con las colonias que más allá de su violencia física, implicó el sometimiento a través de dos dispositivos culturales: el lenguaje y la religión. De un lado, estos dispositivos sirvieron para normalizar una diferencia que resultaba inmanejable desde los códigos y parámetros de la cultura dominante; pero de otro lado, construyeron el entramado estructural y simbólico para la asunción de la anomalía o de la identidad deteriorada por parte de los colonizados. La palabra blanca, masculina, católica, no sólo ejerció su dominio, sino que se convirtió en la unidad de medida de lo legítimo y válido en un espacio público que condenó al silencio y a la invisibilidad a numerosos actores sociales, los no blancos, los no hombres. El entusiasmo con el que las élites locales abrazaron este ideal tres siglos después, terminó por instalar esta forma de relación violenta y por naturalizar el desprecio y la exclusión de todos aquellos alejados del centro de una modernidad “de aparador”.

Por ello, hoy como nunca, en la era de la aceleración tecnológica que acrecienta la interacción entre culturas e identidades diversas y en el contexto de una globalización como proyecto económico/político, que engancha lo que le sirve y deshecha lo que le estorba (Castells, 1999), resulta fundamental proyectar nuestras preguntas al pasado para analizar cómo en la actualidad, desde estos círculos sin centro de los nuevos poderes globales, se sigue decidiendo quiénes son los inviables, se trate de países o personas. Y pese a que el discurso y los dispositivos de exclusión y sanción se disfracen de mayor civilidad, los mecanismos para condenar al otro a la “muerte cívica”, al “cementerio amurallado”, no han cambiado en lo sustantivo.

La piel sensible frente al machete ominoso, el asco de clase frente a las marchas indígenas que a lo largo de la región se repiten una tras otra, la sorpresa frente a la indignación y al odio que sudan estos rostros, no encuentra en el espacio público su contra-relato en las 14 mil muertes evitables que se producen anualmente entre los indígenas chiapanecos, ni en la ausencia en pleno siglo XXI de instituciones jurídicas capaces de representar el derecho indígena que se expresa, por ejemplo, en la falta de traductores en los ministerios públicos que significa una condena *a priori* para el que no tiene ni la más elemental posibilidad de entender las acusaciones planteadas en su contra; o como el hecho, por ejemplo, de que en Brasil “un acusado negro tenga una probabilidad de 31.2 puntos porcentuales mayor de ser condenado que un acusado blanco” (Fry, 2002;197).

El 23 de agosto de 2002, María Magdalena debía viajar a Panamá⁸. Con sus papeles en regla se dirigió a la terminal de Ezeiza, epicentro, un par de años atrás, de uno de los más intensos movimientos telúricos del nacionalismo argentino: la defensa de aerolíneas Argentinas frente a Iberia. María Magdalena no anticipó que en pleno siglo XXI y en medio de una de las más terribles crisis experimentadas en su país, su identidad iba a enfrentarse a la prueba cultural de la persistencia y continuidad de un pensamiento racista. María Magdalena, conocida por sus amigos como Pocha fue detenida por los funcionarios de migración argentinos bajo la sospecha de “pasaporte falsificado”, ¿los indicios culpabilizadores?: Pocha es negra y una negra, le argumentaron, “no puede ser argentina”. Después de ocho horas de detención, en lo

⁸ “No puede ser argentina y negra”. *Clarín*, 24/08/02, portada y página 30.

que se cotejaba el pasaporte y los funcionarios pedían apoyo “incluso de INTERPOL”, se demostró con suficiente evidencia la “no apocrifidad del documento” y a Pocha le dijeron “su pasaporte es bueno y perdone usted”.

Hoy en República Dominicana, “los descendientes de haitianos suelen ser detenidos por las fuerzas de seguridad por el color de su piel y deportados a Haití por error”. Para los funcionarios del Departamento de Migración, estos “haitianos” son fácilmente reconocibles. “Tienen -dicen- una piel más áspera y son mucho más negros que nosotros”.

No son estos relatos anecdóticos del racismo o del complejo frente a lo blanco metropolitano, sino pequeños analizadores de algo mucho más profundo: la persistencia incómoda de una identidad no resuelta que se vincula al modo en que asentó la modernidad en estos territorios y que, a mi juicio, son el caldo de cultivo para muchas de las expresiones violentas que hoy nos habitan.

Intentar comprender las violencias actuales al margen de esta “arqueología” es una tarea no sólo estéril sino peligrosa en tanto la amnesia y la falta de densidad histórica contribuyen a prolongar los mecanismos de una violencia agazapada e invisible que se regodea en la espectacularización y en el dato simplificador.

Las violencias disciplinantes y el pensamiento mágico

Conforme uno se adentra en el “caso” de las mujeres asesinadas en Juárez, aumenta el estupor y el escalofrío. Se agotan las preguntas porque cada respuesta parece más inverosímil que la anterior. Pero no es una perspectiva policiaca la que quisiera discutir aquí; me parece que “las muertas de Juárez”, configuran un poderoso analizador de las violencias contemporáneas: absurdas, caóticas, banalizadas y convertidas en espectáculos multimedia que instauran una neo-estética del terror.

“Lo que en un sistema de percepción constituye un duelo, un profundo desgarramiento que inmoviliza, en otro es sólo un material para la publicidad o incluso un motivo de festejo e hilaridad. Barthes se equivoca, no es la ausencia de sentido lo que produce el *shock de los signos*, es más bien la fractura en la plétora, la escisión en la densidad simbólica lo que hace colapsar las convenciones. La parálisis de la significación, si la hay, proviene del devastamiento de un mundo conocido de sentidos,

del quiebre inusitado de lo cercano, de la evidencia mutilada de aquello que abrazamos como continuidad”⁹. Debo esta impresionante reflexión al profesor Diego Lizarazo (cuyo análisis del papel de la imagen en la cultura me parece notable), y con su permiso he reproducido aquí esta cita de su texto inédito, en tanto me parece que ella condensa lo que se pone en juego cuando cotidianamente nos exponemos a la “evidencia mutilada de aquello que abrazamos como continuidad”.

Las violencias tienen ese efecto, certifican la implosión y documentan la disolución de un mundo conocido, colocan en suspenso la continuidad y hacen colapsar el sistema de signos orientadores que dotan de sentido a la vida. Las muertas de Juárez, los jóvenes asesinos de Littleton en Colorado, los recurrentes francotiradores, las abundantes noticias sobre márgenes que se van llenando de cuerpos violentados, mutilados, rotos, se van sumando a la galería de las monstruosidades cuya sintaxis principal es la de proponer un recorrido por la desesperanza y la sensación casi generalizada de que no hay coordenadas seguras en este viaje hacia el horror. La geografía de las violencias genera sus propios itinerarios y sus propias claves de lectura.

Pero quizás lo más contundente de estas violencias es que devienen mecanismos de control, instancias de disciplinamiento social que se tejen sobre la inestabilidad de un futuro siempre en fuga.

Violencias disciplinantes en tanto lo inasible de su sentido estriba en la contundencia de sus efectos, lo que obliga a buscar (y encontrar) el relato explicativo que permita ubicar en alguna realidad más o menos transparente el amuleto protector, el sentimiento de que se puede estar a salvo.

Las muertas están muertas porque eran prostitutas o llevaban una doble vida o se acercaron demasiado a las zonas prohibidas de la sociedad; los jóvenes idolatraban al artista proscrito en turno, vieron demasiada televisión o fueron descuidados por sus padres. Víctimas y victimarios se vinculan por el mensaje que prescribe y con su moraleja tienden a generar cierta sensación de confianza y de asegurabilidad. El desconcierto queda momentáneamente apaciguado en tanto el “mensaje moral” de

⁹ “Icónicas del poder. Conflictos entorno a las imágenes simbólicas”, Diego Lizarazo Arias (2002). Ponencia presentada en el Seminario “Pensar y habitar la ciudad: lugares, imágenes y narrativas”, FLACSO, Sede Académica de México, México.

estas violencias parece contener en sí mismo, su antídoto: el manual de un comportamiento que sólo funciona hasta que la violencia estalla en el centro mismo de lo considerado normal.

Pese a la paulatina conquista de la reflexividad persiste el pensamiento mágico sobre el por qué de las violencias. En la oleada de asesinatos de homosexuales cometidos en México en la segunda mitad de los noventa, el discurso de los medios principalmente favoreció la explicación disciplinante: los mataron porque eran desviados, pervertidos, drogadictos, anormales, si no hubieran sido homosexuales no hubieran sido asesinados; el relato obtura así la significación sociopolítica del hecho. El pensamiento mágico se defiende, acusando.

Estas violencias disciplinantes producen un deslizamiento del tema crucial de la continuidad del mundo, del pacto, de la socialidad, hacia los territorios controlados por los discursos conservadores que no son patrimonio de las élites, sino que se encuentran esparcidos por todo el tejido social. Estas violencias obstaculizan el avance democrático y le sirven de perfecta coartada a la incapacidad de las instancias del Estado, al tiempo que abonan el terreno para el desmantelamiento de la fortaleza política del movimiento social, que deviene reacción en vez de acción.

Mucho podría ser añadido a lo que he llamado violencias disciplinantes, pero por razones de espacio sólo haré énfasis en un último aspecto: sus códigos y claves han inaugurado de la mano de las industrias culturales, una estética que se instala como lenguaje epocal cuyo programa se alimenta de un distanciamiento moral frente a la víctima y el victimario que no son “uno de nosotros”; se trata de herejes, enfermos, transgresores, cuya naturaleza diferente autoriza a reducir su humanidad y a regodearse en la sordidez de los detalles, operación que hasta próximo aviso, aligera nuestras culpas y mitiga nuestros miedos.

El después de las violencias

¿Qué sigue?, si el pequeño mapa que he dibujado hasta aquí resulta una aproximación pertinente al territorio de las violencias en las Américas, lo que se sigue es el establecimiento de algunos puntos de tensión y el esbozo de algunas tendencias de lo que significa las violencias y el después. Tengo tres hipótesis interpretativas.

a) En primer término, la tensión entre confiabilidad y vulnerabilidad que se acrecienta de manera especial en América Latina y el Caribe. El descrédito de las instituciones y la falta de confianza en los actores políticos, aparece como dato constante en las encuestas de la región (apenas el 5% de los jóvenes mexicanos confía en los políticos y sólo un 3% cree que las instituciones que administran la justicia en el país son confiables¹⁰). El debilitamiento de la credibilidad no es un tema electoral para los partidos políticos -aunque ellos debieran ocuparse centralmente del asunto- sino un aspecto cultural que va a propiciar un mayor y creciente alejamiento de lo público de los ciudadanos y un crecimiento de las “soluciones individuales”, fragmentando una ya debilitada opinión pública crítica.

El “síndrome del secuestrable” como ha llamado Monsiváis al sentimiento de vulnerabilidad y de indefensión ciudadana, puede provocar una guerra de todos contra todos y la instalación de la sospecha como forma de socialidad primaria. La privatización de la seguridad, la bunkerización de las ciudades a través de los condominios y urbanizaciones cerradas, el armamentismo oculto e ilegal de la población civil, el imperio de terror de grupos paramilitares, guerrilleros, guardias blancos, delincuencia organizada, corrupción e impunidad policiaca, la aparición de “vigilantes” individuales o grupales, son las puntas de un iceberg cuya magnitud no hemos logrado calibrar.

Es en este contexto que crecerá la necesidad de “hombres fuertes” y discursos de certidumbre por más mesiánicos que puedan parecer. Soluciones de fuerza, violencias defensivas, tolerancia cero y efecto guliani como mercancías altamente valoradas.

b) La agudización de las contradicciones históricas por efectos de la globalización neoliberal. Llevar a las poblaciones, a los países, a los límites de lo tolerable acrecentará la tensión entre los nuevos riesgos fabricados y las constantes históricas de la exclusión. El ALCA (Area de Libre Comercio para las Américas) viene acompañado en su creciente visibilización, del retorno del campo que coloca al centro

¹⁰ R. Reguillo (2002b), *Jóvenes y esfera pública*, en José Antonio Pérez Islas (coordinador general) *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI*. Encuesta Nacional de Juventud 2000. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Instituto Mexicano de la Juventud, México, pp. 254- 313.

de un espacio público expandido la reivindicación tanto de nuevas como de antiquísimas demandas.

Quizá es en el plano de esta historicidad donde alcanzo a vislumbrar una nota de optimismo en tanto que entre los movimientos sociales que emergen en esta tensión, parece dibujarse cierta inteligibilidad del pasado de cara a un proyecto futuro. Si los movimientos de base étnica por ejemplo, logran vencer la tentación de una identidad esencializada, sus demandas pueden convertirse en un potente faro que ilumine “hacia dónde va el pasado”¹¹.

Y en este mismo sentido me parece que la deconstrucción de los imaginarios que, perdidos en la historia, naturalizan y justifican la violencia ejercida sobre ciertos grupos sociales, es una tarea que está siendo atendida ya por intelectuales y movimientos sociales en la región, aunque insuficiente este es un paso importante como parte de la gestión cultural frente a las violencias.

c) Y finalmente, en la tensión visibilidad-invisibilidad de las violencias, considero a partir de los datos disponibles que se fortalecerá la tendencia a invisibilizar las violencias estructurales y a sobre-exponer las violencias difusas y disciplinantes, aislando estas últimas de sus anclajes estructurales.

La multidimensionalidad de las violencias que han estallado en este siglo por estrenar, las vuelve difícilmente asibles y por lo tanto difícilmente representables. El mecanismo más sencillo será el de seguir recurriendo al "chivo expiatorio" a quien pasarle las facturas, al relato moralizante. La contribución que en esto realizan buena parte de los medios de comunicación por omisión o por acción, es indudable.

Frente al descrédito de las instituciones y a la ausencia de cauces para la participación ciudadana, es fácil que los medios dejen de ser precisamente eso, "medios", y se conviertan en actores de peso completo que se erigen en jueces, en árbitros, cuyas construcciones del acontecer tienen efectos reales sobre la socialidad contemporánea. Sabemos que quien tiene el poder de representar y de hacer visible, tiene el poder de sancionar al ingresar, excluir y administrar las imágenes y las hablas con todo su poder de verosimilitud.

¹¹ Retomo esta excelente expresión del libro compilado por Manuel Cruz (2002) *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Paidós, Barcelona.

No hay respuestas unívocas, pero hay una pequeñísima certeza que sostengo: el poder reconfigurador de las violencias, su capacidad para transformar el paisaje sociocultural. Por ello es fundamental sacarla del secuestro epidemiológico y de la reducción culturalista. No permitir que sus prestigios nos aten y no dejarnos seducir por su pretendida invencibilidad. Seguir las violencias demanda abandonar la técnica sedentaria y optar por el método nómada que sigue al objeto en las múltiples formas que él adopta.

La reconfiguración de los escenarios de la vida social, exigen que el pensamiento (y la esperanza) se mueva en múltiples direcciones. El movimiento es un buen antídoto contra un optimismo militante que no se hace cargo de las relaciones de fuerza objetivas que operan en la sociedad y, al mismo tiempo, contra un pesimismo paralizante que tiende a confundir los “indicadores” con los actores y con la realidad. El margen de maniobra es limitado, pero existe. El movimiento creo, es centralmente un antídoto contra el miedo que instauran las violencias.

Epílogo

Escribo esto cuando el batir de los tambores de guerra enrarecen la atmósfera con signos ominosos. ¿Seremos capaces de contrarrestar a los violentos, de oponernos al miedo, como quería Spinoza, a través del rechazo al absolutismo y a la razón de Estado?

Bibliografía

CASTELLS, Manuel (1999): *La era de la información. Economía, Sociedad, Cultura. Vol. II. El poder de la identidad*. Siglo XXI, México

CRUZ, Manuel (2002) *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Paidós, Barcelona.

FRY, Peter (2002). Color e imperio de la ley en Brasil, en Juan E. MÉNDEZ, Guillermo O'Donnell y Paul Sérgio Pinheiro. *La (in)efectividad de la ley y la exclusión en América Latina*, Buenos Aires, pp. 191-212.

GONZÁLEZ Rodríguez, Sergio (2002). *Huesos en el desierto*, Anagrama, Barcelona.

GRAMSCI, Antonio (1975). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Cuaderno 1, Juan Pablos, México.

LIZARAZO Arias, Diego (2002). "Icónicas del poder. Conflictos entorno a las imágenes simbólicas", ponencia presentada en el Seminario "Pensar y habitar la ciudad: lugares, imágenes y narrativas", FLACSO, Sede Académica de México, México.

MEIRELLES, Fernando y Katia Lund (2002). *Cidade de Deus*, Brasil-Francia.

PÉCAUT, Daniel (2001): *Guerra contra la sociedad*. Espasa Hoy, Santa Fe de Bogotá.

PIZARRO Leongómez, Eduardo (2000). *Colombia: Hacia un colapso institucional*, en Susana ROTKER, *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad/Rutgers, Venezuela, pp. 55-68.

REGUILLO, Rossana (2002a). *¿Guerreros o ciudadanos? Violencia (s). Una cartografía de las interacciones urbanas*, en MORAÑA, Mabel (ed.) *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana / University of Pittsburg, Pittsburg, USA, pp. 51-67.

REGUILLO, Rossana (2002b). *Jóvenes y esfera pública*, en José Antonio Pérez Islas (coordinador general) *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI*. Encuesta Nacional de Juventud 2000. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Instituto Mexicano de la Juventud, México, pp. 254- 313.

REGUILLO, Rossana (1994). *Une perspective gramscienne sur les mouvements sociaux*, en *Alternatives Sud. Les mouvements sociaux en Amérique Latina*, No.4, CETRI/L'Hasmattan, París, pp. 75-92.

SALAZAR, Alonso (2000). *Hacia una estrategia de reconstrucción social*, en Susana ROTKER, *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad/Rutgers, Venezuela, pp. 169-181.